

V.—Paz general

El Legado había partido sin esperar la reunión de aquella asamblea y sus exigencias habían decidido á Richelieu á reanudar las negociaciones con los hugonotes. El duque de Saboya, el rey de Inglaterra y Mauricio de Nassau, interesados en que terminaran los disturbios en Francia, se ofrecían á servir de intermediarios. Fancán sostenía en una memoria que era preciso tratar con los rebeldes y hacer la guerra á los españoles (1): seguramente «la facción de los hugonotes es intolerable...» y la diversidad de religión es peligrosa en un Estado...» pero «la guerra civil trae consigo tantos inconvenientes y es causa de tantas miserias vergonzosas, que todo buen juicio dirá con el proverbio que es preferible algunas veces dejar á su hijo con mocos á arrancarle la nariz.»

El cardenal, que tan exigente se mostraba con el papa, no podía conceder la paz á los reformados sino en condiciones rigurosas. Después de la victoria decisiva que sobre Soubisse alcanzara en la rada de la isla de Re la flota holandesa del almirante Haultain y algunos buques del rey mandados por Enrique de Montmorency, almirante de Francia, se negó á incluir á los rochelenses en el arreglo que negociaba con los protestantes del Mediodía; pero Rohán se resistía vigorosamente en los Cevennas y en el Alto Langüedoc, y la asamblea de Milau (1.º de noviembre de 1625) no quería tratar si no se comprendía en el trato á todo el cuerpo de las Iglesias.

En Amsterdam, el populacho amotinado lograba que se mandara retirar á los buques holandeses, y aun eran más tirantes las relaciones con los ingleses, pues Buckingham, que no podía conseguir que Luis XIII se ligara con Inglaterra, las Provincias Unidas y Dinamarca, reclamó los siete buques que le había prestado, y ante la negativa del rey á devolvérselos, estuvo á punto de declarar la guerra. Richelieu, resistiéndose demasiado, se exponía á reñir con las potencias protestantes; de aquí que hiciera ciertas indicaciones á Buckingham, el cual envió á Enrique Rich, conde de Holland, y á Carletón para restablecer la buena armonía entre ambas coronas. Richelieu les dispensó una buena acogida y les dijo que el rey, estando, como estaba, en guerra contra los protestantes, no podía declararla á los españoles; y los ingleses, en la creencia de que si recobraba su libertad de acción emprendería la lucha contra España, intervinieron para hacer ceder á los hugonotes. El rey se negaba á arrasar el fuerte Luis y aun á comprometerse á arrasarlo más adelante, y los protestantes, á instancias de los embajadores, se contentaron con la promesa verbal de que «con largos servicios y una obediencia continua podían esperar lo que más deseaban.» Los ministros del rey declararon, por su parte, que pensaban en la demolición eventual del expresado fuerte... Pero el texto del tratado decía simplemente que el rey impediría á la guarnición del fuerte Luis, como á las de Re y Olerón, perturbar el comercio de los rochelenses (5 de febrero de 1626).

Los partidarios de las alianzas católicas se indigna-

(1) Esta memoria es la que ha publicado Gardiner en la «Rev. Hist.» I, págs. 228-238, como una memoria inédita de Richelieu. Cf. Kukulhaus, *Historische Vierteljahrsschrift*, 1899, II, pág. 18.

ron con esta paz de la Rochela que venía á sumarse con el escándalo de la Valtelina, y de Flandes llegaron á París libelos, escritos probablemente en Italia, como «Los Misterios políticos» (*Mysteria politica*, Antuerpia, 1625) y «La Admonición al rey» (*Theologi ad Ludovicum XIII Admonitio, Auguste Francorum*, 1625), que señalaban como objetivo de los gobiernos el triunfo del catolicismo y ponían la gloria de Dios enfrente de la ambición de los reyes y de los pueblos. Francia apoyaba y favorecía á los herejes y creaba obstáculos al esfuerzo de las potencias católicas para restablecer la unidad cristiana; y era un cardenal quien inspiraba esta criminal resistencia.

La censura era justa. El Estado comenzaba de nuevo á distinguir su causa de la de la Iglesia y quería tener su política; pero á Richelieu le era más fácil secularizar, por decirlo así, la diplomacia que confesar esta evolución. Sus defensores anónimos, el «Teólogo sin pasión» (Mateo de Morgues) y el «Católico de Estado (2),» no procuraron ni pensaron siquiera oponer un principio á otro principio, el particularismo nacional al internacionalismo religioso, y salieron del paso con una evasiva; pero ¿por ventura no hacían los españoles otro tanto?

La mayoría de los miembros del Consejo del rey eran también de opinión de «limpiar el interior;» y Marillac «manifestó en pleno Consejo... que era preciso terminar el litigio de la Valtelina, de cualquier modo que fuese, si no como se quisiera, (á lo menos) como se pudiera;» que el interés de nuestros aliados ó el nuestro «no era considerable al precio de la ruina de herejía... y que era de temer que fuese llegada la hora que muchas almas muy santas preveían de la destrucción de este Estado, si se despreciaban los medios que Dios presentaba para arruinar la herejía.»

María de Médicis, que empezaba á prestar más oídos á Berulle que á Richelieu, demostraba el mismo celo. Algunos meses antes de la paz de la Rochela, el gobierno, cansado de las exigencias del Legado, había pensado en arreglar directamente con España la cuestión de la Valtelina, y así se lo había comunicado á su embajador en Madrid, Carlos de Angennes, señor del Fargis. La idea había sido bien acogida por Olivares, amenazado entonces de una ruptura con Inglaterra. Fargis era temerario y ligero, un verdadero loco, como dicen las Memorias de Richelieu, y su esposa, Magdalena de Silly, que en aquella sazón se hallaba en París, estaba unida á Berulle y en buen camino para gozar del favor de la reina madre. María de Médicis, según parece, hizo que Magdalena escribiese á su marido haciéndole saber el vehemente deseo que sentía de que se concertara la paz. Richelieu tuvo algunas sospechas de esta intriga, pero nada hizo para destruirla y únicamente previno á su embajador (6 de diciembre de 1625) que Olivares quería sorprenderle y que el rey vería «con agrado» que tratase con él «con reserva;» mas cuando este despacho llegó á su destino (27 de diciembre) las negociaciones estaban demasiado adelantadas para que Fargis quisiera ó pudiera retroceder. El día 1.º de enero de 1626, el embajador firmó con Olivares un tratado que dejaba á Francia los pasajes y reconocía á los grisonos la soberanía de la Valtelina,

(2) El P. Dedouvres, *Le P. Joseph polemist*, ha intentado demostrar que el «Católico de Estado» es del P. José.

pero admitiendo que pudieran verse privados de ella si faltaban al tratado.

La noticia sorprendió á Richelieu y las condiciones del acuerdo le irritaron; pero ¿era posible castigar á un embajador que había cumplido las santas intenciones de un partido tan numeroso en la corte y en el Estado? Por otra parte, el cardenal reflexionaba que España admitía la soberanía de los grisonos y el uso exclusivo de los pasajes para Francia y aceptó el tratado bajo corrección.

Fargis, siempre apremiado, firmó con Olivares un segundo tratado (Monzón, 5 de marzo de 1626) que tampoco satisfizo á Richelieu. Pero en la corte se formaba una tormenta: los grandes, á quienes el cardenal había creído tranquilos, reanudaban sus intrigas mientras esperaban hacer algo peor; y la cábala de los devotos era demasiado fuerte para que pudiera todavía obrar sin ella ó contra ella. El tratado fué devuelto á Fargis con orden de enmendarlo nuevamente. Esta tercera redacción, hecha en Barcelona probablemente en abril y ratificada en 2 de mayo por Luis XIII, ha conservado el nombre de tratado de Monzón y en ella se reconocía implícitamente la soberanía de los grisonos y el derecho exclusivo de Francia sobre los pasajes; se autorizaba el ejercicio del catolicismo únicamente en la Valtelina; se disponía que los magistrados del valle serían elegidos por los valtelinos y confirmados por los grisonos, que los fuertes serían devueltos al papa y demolidos inmediatamente; y se convenía que en un plazo de cuatro meses los dos soberanos inducirían á sus aliados á aceptar un arbitraje.

Cuando se hicieron públicos el tratado con España y el tratado con los hugonotes, españoles é ingleses comprendieron que habían sido hábilmente burlados. «Merced á una conducta llena de inusitada destreza, dice Richelieu, se consiguió que los hugonotes consintieran en la paz por miedo á la de España, y á los españoles á hacerla por miedo á la de los hugonotes.» Los aliados de Francia, saboyanos, venecianos y grisonos, estaban furiosos de que se hubiese tratado á sus espaldas y sin contar con ellos; y el gobierno francés se ganó en aquella ocasión fama de pérfido.

El ministro había triunfado de aquella primera prueba: empeñado contra el extranjero y obligado á combatir á los rebeldes, no se había precipitado, como sus predecesores, á soltar á los españoles para lanzarse sobre los hugonotes, ni á ceder ante éstos para amedrentar á aquéllos, sino que había firmado con los enemigos de dentro y de fuera un tratado que aseguraba el presente sin comprometer el porvenir.

CAPITULO II

PRIMEROS COMLOTS ARISTOCRÁTICOS (1)

I. La corte y las damas. — II. El partido de la aversión al matrimonio. — III. La conspiración de Chalais

I.—La corte y las damas

En la corte, se reanudaban las intrigas como en los tiempos de la regencia; los príncipes de la sangre, los grandes y las damas se ponían de acuerdo para perder

(1) FUENTES: Avenel, *Lettres du cardinal de Richelieu*, II, Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du cardinal de Riche-*

á la reina madre y á su hechura, el cardenal ministro. Condé, desde Bourges, vigilaba París, en donde sus intereses estaban bien defendidos por su madre, la princesa viuda, y por su esposa, la bella Carlota de Montmorency. El joven conde de Soissons, Luis de Borbón, que había tenido la ambición de casarse con Enriqueta de Francia, se dirigía á mademoiselle de Montpensier á la que María de Médicis destinaba á Monsieur, hermano del rey. Los bastardos de Enrique IV y de Gabriela de Estrées tenían grandes pretensiones: el mayor, César, duque de Vendome, gobernador de Bretaña y casado con la hija del duque de Mercoeur, invocaba los derechos de su esposa que era una descendiente de los Penthièvre; y el menor, Alejandro, el gran prior, era muy aficionado á las intrigas. Enrique, jefe de la casa de Montmorency y almirante de Francia, luchaba entre la influencia de su hermana Carlota, princesa de Condé, y la de su esposa, María Felicia de los Ursinos, parienta de María de Médicis. Los Lorena eran adictos á la reina madre, pero su fidelidad era proporcionada á su interés y podía cambiar según lo que éste le aconsejara; y la misma viuda del condestable de Luynes, que había entrado en aquella familia por su casamiento con Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, era amiga fiel de Ana de Austria y enemiga de María de Médicis.

Las mujeres entraban más que nunca en todas las intrigas; á las ambiciones y pretensiones que debía inspirarles la vida cortesana, más desarrollada en Francia que en el resto de Europa, habíanse añadido los excitantes de la revolución intelectual del siglo XVI. Aquellas mujeres habían respirado el aire del Renacimiento y vivido con más ideas y sensaciones; y en la gran crisis religiosa de la época habían mirado dentro de sí mismas, ensanchando la psicología y refinando su delicadeza. La literatura contribuía también á hacerles formar mejor opinión de sí mismas, y se aprovechaban del culto de la belleza que los neoplatónicos de Italia habían restaurado y del respeto caballeresco á la mujer que predicaban los Amadises de las novelas de moda. La *Astrea*, la novela más leída de aquel tiempo, es una glorificación de la mujer.

«Yo probaré siempre con buenas, válidas, científicas y demostrativas razones, dice una interlocutora en los *Caquets de l'Accouchée* («Conversaciones de comadres», 1622), que somos muy superiores al sexo masculino ó que, por lo menos, no le somos inferiores... Las mujeres tienen ó deben tener la inteligencia más viva que los hombres, puesto que tienen el temperamento más delicado... La mujer es tan capaz como el hombre de

lieu, 1660, I. *Mémoires de Richelieu*, M. y Pouj., VII. *Mémoires de Fontenay-Mareuil*, M. y P., 2.ª serie, V. *Mémoires de Messire Robert Arnauld d'Andilly*, M. y P., 2.ª serie, IX. La Borde, *Pièces du procès de Henry de Talleyrand, comte de Chalais*, Londres, 1781. *Mémoires d'un favori du duc d'Orleans* (Bois d'Annemetz), «Archives curieuses», 2.ª serie, III. *Mémoires de Brienne*, M. y P., 3.ª serie, III; de Rohan, M. y P., V. Bassompierre, *Journal de ma vie*, pub. por el marqués de Chantillac, «S. H. F.» III. *Mémoires de Madame de Motteville sur Anne d'Autriche et sa cour*, ed. F. Riaux, 1886, I.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, II. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758, I. Victor Cousin, *Madame de Chevreuse*, 2.ª ed., 1862 (y sobre todo los documentos publicados en apéndice). A. Baschet, *Le Roi chez la Reine*, 1886. Duque de Anmale, *Histoire des princes de Condé*.

realizar actos generosos... Si el árbol no produce fruto es porque no lo cultivan, escamondan y podan... Si se emplease con las mujeres la centésima parte del cuidado y de la solicitud de que son objeto los hombres, se verían maravillas... ¡Cuántos grandes cerebros de mujeres se han visto regir, mantener y gobernar esta monarquía y una infinidad de otros reinos!»

La señorita de Gournay, vieja literata, extendía las reivindicaciones feministas hasta en materias eclesiásticas. ¿Por qué las mujeres, que tienen el derecho de bautizar á los recién nacidos moribundos, no han de tener el de administrar los demás sacramentos? Los Padres de la Iglesia han concedido el uno y negado el otro visiblemente. «para mantener siempre más entera la autoridad de los hombres, sea porque ellos fueran de su sexo, sea para que, con ó sin razón, la paz estuviese más asegurada entre los dos sexos, á causa de la debilidad y abatimiento de uno de éstos.» Mas «si los hombres se vanaglorian de que Jesucristo naciera de su sexo, se contesta que era preciso que así fuese por necesario bien parecer, pues no habría podido sin escándalo mezclarse cuando joven y á todas horas del día y de la noche en las apreturas de las gentes para convertir, socorrer y salvar al género humano, si hubiese sido del sexo de las mujeres; sobre todo dada la malignidad de los judíos (1).»

La marquesa de Rambouillet, hija de Juan de Vivonne y de una ilustre dama romana, Julia Savelli, había comenzado, durante la regencia y sin pretensión alguna, á recibir, en su palacio de la calle de Saint-Thomas-du-Louvre, á literatos que allí se encontraron con grandes señores y con grandes damas y que fueron tratados de igual á igual por esa aristocracia. Aquel salón, que inaugura la historia de los salones franceses, fué desde 1624 á 1648 una potencia; en él se depuró el idioma y se reformó el gusto, habiendo ejercido una especie de jurisdicción literaria. Reinaban allí como soberanas la señora de Rambouillet y sus amigas, y desde allí extendíase su dominación por toda la república de las letras. No fué menor su influencia moral, puesto que impusieron la decencia y desterraron la vulgaridad; y aunque las más de las veces el asunto de las conversaciones era el amor, siempre se trataba de éste como de una pasión del alma, no como de un apetito del cuerpo: conforme al ideal de la *Astrea*, el amante había de ser siempre un servidor respetuoso y un adorador paciente de su amada; y la mujer, preservada de toda impura codicia, ocupaba un puesto entre los objetos de veneración y de culto y era á la par reina y diosa.

Pero, adulada de este modo, apoderábanse de ella las ambiciones que la embriagaban. Si dos regentes, Catalina y María de Médicis, habían gobernado la Francia, ¿por qué no habían de intervenir en los negocios de Estado las damas ilustres? Cuando las conferencias de Loudún (1618), la condesa de Soissons, la duquesa viuda de Condé y la señora de Longueville habían tomado parte activa en las negociaciones: «...Preciso fué tolerarlo, dice Fontenay-Mareuil, á fin de obligarlas á querer la paz y á contribuir á ella tanto como habían contribuído á la guerra; lo cual no suce-

(1) *L'Ombre de la damoiselle de Gournay*, 1626, pág. 445.

de en los otros países en donde las mujeres, por ser más particulares y enteradas sólo de las cosas de su oficio, no pueden saber tanto como aquí de los negocios públicos.» «En Francia, escribe también el nuncio en 1623, todos los grandes acontecimientos, todas las crisis de importancia dependen las más de las veces de las mujeres.» La política no es patrimonio reservado á los hombres, sino que las mujeres conspiran, dirigen los partidos, deciden los alzamientos armados y acompañan las expediciones, además de lo cual juzgan las obras literarias, determinan las costumbres y ponen obstáculos á la marcha del gobierno.

La importancia cada día mayor que se atribuyen es signo de una revolución social y moral. En la corte se desarrolla una historia que interesa al Estado: Ana de Austria era hermosa; el joven rey, casto y frío. Durante algún tiempo, Luynes y su esposa, la bella María de Rohán, que inspiraba viva simpatía á Luis XIII, sirvieron de lazo de unión entre los regios esposos; pero después de la muerte de Luynes, «habiéndose la reina María de Médicis reconciliado con el rey, la paz entre la madre y el hijo fué causa de que marido y mujer riñeran.» Ana, desatendida, estrechó su amistad con la viuda del condestable; y aquellas dos mujeres, jóvenes ambas, se divertían como colegialas. Un día, la señora de Luynes y la señora de Verneuil cogieron cada una por un brazo á la reina, que estaba encinta, y se entretuvieron haciéndola correr por la galería del Louvre; Ana se cayó, produciéndose una herida, y el rey habló de desterrar á las imprudentes.

María de Rohán, casada ya con el señor de Chevreuse, era una amiga comprometedora. Enamorada de uno de los negociadores del matrimonio inglés, Enrique Rich, conde de Holland, incitó á la joven reina á que escogiera también un caballero y la hizo fijarse en Buckingham, que había venido á París (mayo de 1625) para llevarse á Enriqueta de Francia. Buckingham era guapo y de muy buena figura y tuvo la audacia, dice la señora de Motteville, «de atacar» el corazón de Ana de Austria, «existiendo motivos para creer que sus respetos no fueron importunos.» La corte acompañó á la reina de Inglaterra, que iba á embarcarse á Calais; pero Luis XIII hubo de quedarse en Compiègne por haber caído enfermo, y desde allí fué á restablecerse á Fontainebleau. María de Médicis y Ana de Austria prosiguieron el viaje hasta Amiéns, en donde Buckingham, una noche, aprovechando un momento en que Ana de Austria estaba sola en el jardín del Obispado, le declaró su amor y aun se mostró atrevido, por lo que la reina hubo de dar voces.

El escándalo fué grande. María de Médicis invitó á Buckingham á que partiera, y cuando el embajador inglés se despidió de Ana de Austria, hincóse de rodillas y besó con enajenamiento el borde de su vestido. Aquella desesperación conmovió á la reina. Buckingham cometi6 la locura de volver de Bolonia, pretextando negocios de Estado, y pidió ver de nuevo á Ana; ésta estaba todavía en la cama y aquél se arrodilló junto al lecho de su ídolo, y «le dijo en alta voz las cosas más tiernas del mundo. Pero ella sólo le respondió quejándose de su atrevimiento y sin estar quizás demasiado encolerizada le ordenó severamente que se levantara y saliera.» El rey, furioso, despidió á Putange, escudero

de la reina, por haberla dejado sola en el jardín de Amiéns, y á La Porte, su ayuda de cámara, que le llevaba las cartas de su amiga la señora de Chevreuse.

No se sabe el papel que en aquellas circunstancias representó Richelieu, pero no es verosímil que deliberadamente se declarara contrario de Ana de Austria, y nada indica que no hablase con sinceridad cuando decía á Luis XIII en pleno Consejo: «que cuanta más familiaridad tuviera Su Majestad con la reina, su esposa, tanto mejor, pues aparte de que Dios bendice á los que viven bien, como Su Majestad, en matrimonio, un delfín era necesario á Francia y á la seguridad de su persona.» Ana de Austria, sin embargo, había de detestarlo por ser hechura de su suegra; ella y la señora de Chevreuse se divertían con él, y la segunda le provocaba cara á cara y fingía despreciar los homenajes que Richelieu, que entonces apenas tenía cuarenta años, rendía acaso más á su belleza que á su ingenio.

Hombres y mujeres intrigaban, persuadidos de que «Richelieu no era un enemigo poderoso y de que nada debía temerse de él.»

II.—El partido de la aversión al matrimonio

Luis XIII tenía un hermano, Gastón de Orleans, que en 1625 contaba quince años. Era un muchacho despabilado y dicharachero que, á pesar de la prohibición del rey, «severo y cristiano», se escapaba por la noche del Louvre para frecuentar los lugares «en donde se tiene gran miedo al comisario del barrio.» Su madre, que sentía por él marcada predilección, tenía por muchas razones impaciencia porque se casara y le destinaba, desde hacía tiempo, por esposa, á la señorita de Montpensier, princesa de la sangre, la heredera más rica del reino, é hija del primer matrimonio de la duquesa de Guisa. Eran opuestos á la idea de aquella boda: el conde de Soissons, que pretendía para sí la mano de la princesa; Condé, el heredero más próximo de la corona después del hermano del rey, y que quería casar á su hija con éste ó impedir todo matrimonio á fin de no perder nada de sus derechos al trono; la reina Ana, que no teniendo hijos, temía verse eclipsada por una cuñada fecunda; el rey, que tenía estos mismos celos de su hermano; y la duquesa de Chevreuse, que sin hacer partícipe de sus proyectos á la principal interesada, pretendía que Gastón permaneciese soltero para casarse con Ana de Austria si moría Luis XIII que estaba continuamente enfermo. Había también gentes que pensaban en casar á Gastón con una extranjera, á fin de asegurarse un punto de apoyo en el exterior.

Gastón, que se dejó dominar toda su vida por sus favoritos, obedecía entonces dócilmente á su ayo, De Ornano, el cual, halagado por la señora de Chevreuse y por la princesa de Condé, á pesar de ser «viejo y el hombre más feo del mundo,» se había declarado contrario al matrimonio. Richelieu, después de haber vacilado largo tiempo, se decidió por el matrimonio é hizo que también el rey se decidiera por él.

A fin de conquistar á De Ornano, nombráronle mariscal de Francia, no obstante lo cual continuó intrigando; neg6se á interrumpir sus visitas á la princesa de Condé, alegando, como era verdad, que estaba enamorado de ella; sostuvo correspondencia con el duque de

Vendome, que se alzaba en armas en Bretaña; reclamó para el duque de Orleans un puesto en el Consejo, y después de haber conseguido esto, pretendió, aunque sin éxito, asistir á las sesiones de pie, detrás de la silla del duque. Las memorias de Richelieu dan á entender que De Ornano quería suplantarle, y hasta hablan de proyectos de asesinato; pero lo más probable es que los jefes de la intriga pensaran en hacer salir á Gastón de la corte y en comenzar la guerra civil. El duque de Vendome, en una carta que escribió á De Ornano, decía que la «corona sentaría muy bien en la cabeza del hermano del rey si éste quería entrar en sus planes.» Los holandeses, el duque de Saboya, Inglaterra y España favorecían el complot, por rencor ó por odio.

El rey, informado vagamente de todas estas intrigas, consultó con Schomberg y con Richelieu, y ambos fueron de opinión de que, «en materia de conspiraciones, es casi imposible» tener pruebas matemáticas; «que cuando las circunstancias son apremiantes,» las «presunciones han de hacer las veces de pruebas, si se juzga tales, consideradas sin pasión, porque con frecuencia no se tiene una explicación completa de una conspiración en un Estado, hasta que estalla, siendo entonces imposible el remedio.» El día 4 de mayo, Luis XIII hizo maniobrar su regimiento de guardias en el patio del Caballo blanco de Fontainebleau, y acarició á De Ornano, mostrándole, á modo de diferencia, la ventana del cuarto en que había estado encerrado Birón; y por la noche mandó prenderle y conducirle al bosque de Vincennes. Gastón de Orleans acudió presuroso á las habitaciones de su hermano y de su madre para reclamar á su ayo, pero «no pudo verlos;» al día siguiente, encontró al canciller De Aligre, el cual protestó de que nada tenía que ver con aquella detención, pero Richelieu, á quien visitó después, tomó con altanería para sí la responsabilidad de aquel acto. El canciller cayó en desgracia, á causa de su falta de energía, y Marillac recibió los sellos.

III.—La conspiración de Chalais

El gran prior propuso á Gastón que huyera ó que fuera á ver al cardenal en su casa de Fleury para «amenazarle con el puñal si no agenciaba la libertad del coronel (De Ornano).» El marqués de Chalais, Enrique de Talleyrand, gran maestro del guardarropa del rey, guapo joven de veintisiete años, ligero y frívolo, que había entrado en el complot por la señora de Chevreuse, de la que estaba enamorado, refirió el proyecto de asesinato al comendador de Valençay, el cual le amenazó con avisar al cardenal, si no lo hacía él mismo. Entonces Chalais fué á contárselo todo á Richelieu y aun se ofreció á relatarle en lo sucesivo lo que en contra de él se tramase, y á cambio de esto el cardenal se comprometió á hacerle nombrar maestro de campo de caballería ligera.

Gastón también hizo las paces con el rey (31 de mayo).

«Monsieur (el hermano del rey)... ha prometido á Su Majestad, dice el acta de aquella reconciliación, no sólo amarle, sino, además, reverenciarle como á su padre, su rey y su soberano señor; le suplica muy humildemente que crea... que jamás se le dirá, propondrá ó sugerirá

ningún consejo, por parte de quienquiera que sea, del que no dé conocimiento á Su Majestad, hasta el punto de no ocultarle los menores discursos que se le hagan para inspirarle recelos del rey y de sus Consejos... De lo que ruega á la reina, su madre, que responda por él, suplicándole muy humildemente que crea que cumplirá de buena fe lo que promete en sus manos y en su presencia como ante un altar en el que ve la imagen viviente del que castiga eternamente los perjuros, y en el que tiene delante de los ojos la memoria gloriosísima del difunto rey, su muy honrado señor y padre. En vista de lo cual, el rey se ha servido dar su fe y palabra real á su señor hermano de que le tiene y quiere tenerle no sólo como hermano, sino también como su propio hijo. Después de estas promesas, la reina, llorando, elevando sus manos al cielo y rogando á Dios por la unión, grandeza y felicidad de sus dos hijos, les ha conjurado, en nombre de Dios y por los más tiernos afectos de la naturaleza, á que quieran estar siempre unidos... y quieran amarse uno á otro cordialmente y con sinceridad.»

Richelieu había redactado estas declaraciones y dado este carácter dramático á la reconciliación de la familia real. Si las precauciones para cerrar toda escapatoria á la voluntad débil de Gastón; si el recuerdo de las penas contra el perjurio denuncian al confesor y al sacerdote, el altar en donde aparece Dios en compañía de Enrique IV, los ruegos, el llanto y las solemnes exhortaciones de la reina madre, revelan en Richelieu un instinto del teatro que procurará aplicar á otras cosas.

Para introducir la división entre los que intrigaban, había pensado el ministro en hacer algunas proposiciones á Condé, quien, asombrado de la energía de aquél, trataba de unirse de nuevo con los afortunados. El rey y María de Médicis aceptaron el ser padrinos del duque de Enghien, nacido en 1621 y que fué el gran Condé; y el mismo día de la prisión de De Ornano se celebró el bautizo en Bourges, estando Luis XIII representado por Montmorency. Condé obtuvo autorización para visitar al Cardenal en Limours.

«Aconsejó enérgicamente que se terminara el proceso del mariscal De Ornano; que esto era un golpe magistral y que había que nombrar comisarios... Decía... que nunca hubo ministro más grande que él (el Cardenal) en este Estado, ni tan desinteresado...; que en la cuestión de Italia y de los grisonos había preferido la gloria del rey y la grandeza del Estado á los intereses de Roma que su propia dignidad le obligaba á querer. En aquel acto podía temer la censura de los fanáticos desconsiderados, las calumnias de los escritores; todo lo había despreciado generosamente.»

Tranquilizado por este lado, volvióse Richelieu contra los Vendome; como se trataba de los hijos naturales de Enrique IV, el ministro abrigaba la duda de si el rey tendría valor para mandarlos prender, y para sondear el ánimo de su soberano, pretextó el mal estado de su salud y pidió permiso para retirarse del gobierno. Pero Luis XIII, que no tenía tales escrúpulos de sentimiento y que, por otra parte, siempre había detestado á los bastardos, no admitió la dimisión de Richelieu, alabando su celo y su capacidad y llegando hasta prometerle que le denunciaría á sus envidiosos y á sus enemigos. «Tened la seguridad de que siempre

seré el mismo y de que si alguien os ataca, sea quien fuere, me tendréis á vuestro lado.» El Gran Prior, fiado en la promesa equívoca que el rey le dió de no tratar á su hermano peor que á él, fué á buscarle á Bretaña y lo llevó á la Corte (11 de junio de 1626); pero dos días después fueron arrestados mientras dormían y encerrados en el castillo de Amboise. El Cardenal se enteró de aquella detención por una carta de Luis XIII: «Vuestra Majestad, respondió, es tan prudente y tan sabia, que no es posible que yerre en sus consejos.»

A pesar de estos actos de vigor, los «cabalistas,» es decir, los intrigantes persistían en impedir el matrimonio y reprocharon á Gastón que abandonara á su ayo. La señora de Chevreuse, que había arrancado á Chalais el secreto de su acuerdo con el ministro, le comprometió aún más en el complot, y habiendo Richelieu tenido noticia de este cambio, hizo vigilar á aquél y supo que de noche iba á conferenciar con Gastón. El conde de Soissons aconsejaba á éste con insistencia que fuese á refugiarse en la Rochela; pero Gastón se negó á ello, sea por escrúpulo religioso, sea por no ofender al partido devoto. La Valette, que mandaba en Metz y á quien se había pedido que acogiera en aquella plaza al hermano del rey, consultó con su padre, De Epernon, quien avisó á Luis XIII. El monarca, que había ido á Nantes para celebrar los Estados de Bretaña, hizo prender en 8 de julio á Chalais y nombró, para que instruyera su proceso, á una comisión compuesta de relatores, de consejeros y de presidentes del Parlamento de Rennes y presidida por el guardasellos. Este fué el primero de esos juicios por comisarios tan frecuentes durante el ministerio de Richelieu y que, aun en aquella época en que el rey era considerado como fuente de toda justicia, parecieron una violación del derecho y de la humanidad.

Gastón era de esos culpables «en cuyo castigo no se quiere pensar.» El 10 de julio había montado á caballo para huir, y al día siguiente negociaba un arreglo con su hermano y en presencia de éste, de la reina madre y de Richelieu, soltaba frases y hacía confidencias que comprometían á De Ornano, á Chalais, á los Vendome y á Ana de Austria. Pero al mismo tiempo seguía intrigando y relataba sus proyectos de fuga, preparándose para huir. La señora de Chevreuse y la joven reina se arrodillaron á sus pies suplicándole que no se casara con la señorita de Montpensier hasta después de haber obtenido el indulto de su ayo; y sus amigos de París le decían que «si dejaba perder á Chalais y que se hiciera justicia en él, no encontraría nunca más á nadie que quisiera servirle.» Gastón fué á decirselo á su madre creyendo conmovérlo; pero precisamente por esta razón había resuelto Richelieu la muerte de Chalais. La promesa de una dote considerable dispuso los últimos escrúpulos del hermano del rey, quien el día 5 de agosto se casó con la señorita de Montpensier, habiendo oficiado y bendecido la unión el propio Richelieu.

Los comisarios citaron á la duquesa de Chevreuse, al conde de Soissons y al duque de Longueville; decretaron la prisión del duque de Epernon, del marqués de La Valette y de otros personajes sospechosos y condenaron á Chalais á ser decapitado y descuartizado, y á que sus miembros fueran luego expuestos en los cua-

tro extremos de la ciudad; pero el rey, moderando esta sentencia, dió el cadáver á la madre del condenado. Chalais fué conducido «á la plaza de Bouté» para sufrir la pena. Sus amigos habían conseguido que el verdugo de Nantes se evadiera; pero los jueces no perdieron el tiempo enviando á buscar al de Rennes, sino que confiaron la tarea de ejecutar al infeliz á un criminal á quien perdonaron la vida. Este ejecutor improvisado trabajó de una manera tan torpe «que además de los dos primeros tajos de una espada suiza que se compró allí mismo, le asestó treinta y cuatro golpes con una doladera de que se sirven los toneleros y se vió obligado á darle la vuelta (al cuerpo) del otro lado para rematarlo, habiendo el paciente gritado hasta el vigésimo cuarto golpe «Jesus, Maria et Regina Coeli» (19 de agosto).

El gobierno no tenía interés en encontrarle demasiados cómplices, así es que sobreesayó la causa para los personajes inculcados; esto no obstante, la señora de Chevreuse fué desterrada. Ana de Austria hubo de comparecer ante su marido que la acusó de haber deseado su muerte para casarse con Gastón, á lo que ella contestó con acento indignado que habría ganado demasiado poco en el cambio. Por su parte, Ana reprochó á la reina madre, que estaba presente, todas las persecuciones de que ella y su hechura, el cardenal, la hacían objeto; mas no por esto logró convencer á Luis XIII de la pureza de sus intenciones. El rey perdonó, pero no olvidó jamás, y Ana de Austria no asistió á la sesión solemne de la Asamblea de los notables (diciembre de 1626), en la que, en cambio, María de Médicis ocupaba en el trono un puesto al lado de su hijo.

Era la primera vez, desde el advenimiento de Luis XIII, que se castigaba con tal rigor un complot aristocrático. Los amigos de los presos (1) y del muerto amenazaron con matar á Richelieu, y éste juzgó prudente agregar veinte hidalgos más á los treinta que le habían dado escolta durante todo el viaje de Nantes.

«Os confieso, escribía á su amigo Bouthillier, que es mala cosa verse obligado á hacerse guardar; y es seguro que desde el momento en que uno se ve reducido á tal situación, puede despedirse de su libertad; sin embargo, si fuese preciso volver á hacer las cosas que he hecho para verme obligado á ello, de nuevo las haría de muy buena gana, y cuanto más buscarán ellos mi vida, tanto más procuraré yo servir al rey.»

CAPITULO III

FIN DEL PARTIDO PROTESTANTE (2)

I. Unión de los católicos contra los protestantes. - II. Ruptura con Inglaterra. - III. El sitio de la Rochela. - IV. La sucesión de Mantua. - V. La paz de gracia.

I.—Unión de los católicos contra los protestantes

«Mientras haya hugonotes en Francia, escribía Richelieu en mayo de 1625, el rey no será nunca el amo en el interior ni podrá emprender nunca una acción

(1) De Ornano murió de calentura maligna en Vincennes, en septiembre de 1626.

(2) FUENTES: Avenel, *Lettres, instructions diplomatiques et*

gloriosa en el exterior.» Estas palabras eran la sentencia condenatoria del partido.

Richelieu trabajó para crear una fuerza naval capaz de derrotar á los rebeldes sin ayuda de las marinas extranjeras, y para llevar á cima esta obra, se la reservó para sí, haciéndose dar por la reina madre el gobierno de la ciudad y del puerto de Brouage (4 de febrero de 1627), comprando á Villars-Brancard los del Havre y Honfleur, aboliendo el cargo de almirante de Francia, si bien adjudicándose todos los poderes anejos al mismo bajo el título de gran maestre jefe y superintendente general de la navegación y comercio de Francia (octubre de 1626), mandando construir grandes buques y fundando la Compañía del Morbihán, para lo cual tuvo en cuenta que una flota mercante podía fácilmente transformarse en flota de guerra.

Antes de atacar á los protestantes era menester pacificar á los católicos. El Parlamento había quemado y la Sorbona censurado los *Mysteria politica* y la *Admonitio*, y el obispo de Chartres, Leonor de Etampes, hizo aceptar por la Asamblea general del Clero, entonces reunida, un proyecto de declaración contra estos mismos libelos. Pero habiendo varios obispos, después de maduras reflexiones, considerado peligroso englobar en la condenación de los libelos la doctrina de la supremacía pontificia en ellos contenida, propusieron é hi-

papiers d'Etat du cardinal Richelieu, II y III. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VII y VIII. *Mercure françois*, XII-XV. D'Argentré, *Collectio judiciorum de novis erroribus qui ab initio duodecimi seculi... usque ad annum 1632, in Ecclesia proscripti sunt et notati*, II (1521-1632), París, 1728. *Collection des Procès-verbaux des Assemblées générales du Clergé de France depuis 1560*, II, 1768. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 2.ª parte. Federico Leonard, *Recueil des Traites de paix... faits par les rois de France avec tous les princes et potentats de l'Europe*, 1693, IV y V. Carlos Bernard, *Histoire du roy Louis XIII*, 1646. Claudio Malingre, *Suite de l'histoire de la rebellion pendant les années 1625-1629*, París, 1629. Dr. T. Kükelhaus, *Zur Geschichte Richelieus. Unbekante Papiere Fancans*, «Historische Vierteljahrschrift», 1899, II. *Relation du siège de La Rochelle*, «Archives curieuses», 2.ª serie, III. Pedro Merault, *Journal des choses mémorables qui se sont passées au dernier siège de La Rochelle*, 1671. *Relation ou Journal du siège de La Rochelle; secours de Casal par le Roy en personne et retour en Languedoc...* «Mémoires de Fontenay-Mareuil», Mich. y Pouj., 2.ª serie, V. Rodocanachi, *Les derniers temps du siège de La Rochelle*, 1899. *Mémoires du duc de Rohan*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, V. *Mémoires de J. de Bouffard-Madiane sur les guerres civiles du duc de Rohan (1610-1629)*, pub. por Pradel, «Archives historiques de l'Albigeois», fasc. V, 1898. Victor Siri, *Memorie recon dite*, VI.

OBRAS DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, III. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758, I. P. E. Puyol, *Edmond Richer, Etude historique et critique sur la rénovation du gallicanisme au commencement du XVII^e siècle*, II, 1876. El P. Prat, *Recherches historiques et critiques sur la Compagnie de Jesus en France du temps du P. Cotton*, IV, 1876. P. Houssaye, *Le P. de Bérulle et l'Oratoire de Jesus*, 1874 (1611-1625); del mismo, *Le cardinal de Bérulle et le cardinal de Richelieu (1625-1629)*, 1875. Rapin-Thoyras, *Histoire d'Angleterre*, 1725, VII. Gardiner, *History of England*, 1891, VI y VII. Luis Batifol, *Au temps de Louis XIII*, 1904. Pedro Orsi, *Il carteggio di Carlo Emanuele I*, en el *Carlo Emanuele I, duca di Savoia*, Turín, 1891. G. Curti, *Carlo Emanuele I, secondo i più recenti studi*, Milán, 1897. Conde Horrie de Beaucaire, *Les machines de Du Plessis-Besançon au siège de La Rochelle en 1628*, «Archives historiques de la Saintonge et de l'Aunis», XVIII (1890). A. Laugel, *Henry de Rohan (1579-1638)*, 1889. Schybergson, *Le duc de Rohan et la chute du parti protestant en France*, 1880. Dom Vaissete, *Histoire de Languedoc*, XI y XII.